

Introducción

La crisis que se ha instalado en la Argentina desde comienzos de los años 80 ha tenido y sigue teniendo profundas consecuencias sobre la familia y los modos de vida de sus miembros. La inseguridad económica, la flexibilización de las contrataciones y los despidos, la caída de las remuneraciones, de los beneficios sociales, el abandono de la red de contención del Estado forman parte de las amenazas que alcanzan hoy a muchísimas familias de distintos sectores sociales.

Mientras la desocupación ha llegado a niveles no igualados antes en la historia del país, atacando ahora de modo despiadado no sólo a los varones jóvenes, sino especialmente a los jefes de hogar, un número creciente de mujeres casadas y unidas, madres y cónyuges de edades medias, ha salido a trabajar para aportar ingresos a los deteriorados presupuestos familiares.

Este movimiento de más mujeres fuera del hogar no es ahora, como se interpretaba en los años 70, sólo evidencia de la modernización de la sociedad ni de la ampliación de oportunidades que motorizan una reversión de la condición secularmente postergada de las mujeres. En un país empobrecido, gran parte de las mujeres que trabajan o buscan trabajo han salido a reemplazar los ingresos deteriorados de sus cónyuges buscando frenar la caída “cuesta abajo” de sus familias. Otras mujeres de hogares más favorecidos han alcanzado niveles más altos de educación y han desarrollado inquietudes que se suman, y a veces contradicen, a aquéllas estrechamente vinculadas con la familia. Para ellas, ingresar a, y permanecer en, el mercado de trabajo es una parte esencial de sus vidas, tanto como lo son formar una pareja y tener hijos.

En cualquier caso, las mujeres de distintos sectores sociales tienden a incorporarse masivamente a la actividad remunerada y a recorrer trayectorias laborales cada vez más duraderas y menos interrumpidas por circunstancias familiares, de modo semejante a las de sus cónyuges. Esta nueva situación es sin duda revolucionaria y trastoca la definición de las identidades de género y de las prácticas cotidianas que habían dominado hasta los años 50. Un número creciente de madres ya no aguarda en sus casas el regreso de sus hijos de la escuela, ya no están disponibles sin límite de tiempo para cuidar a un pariente enfermo, ya no cuentan con largas jornadas para ocuparse del orden y la limpieza del hogar. Un número creciente de varones ha dejado de ser el proveedor económico único y ha perdido con ello el derecho de fijar unilateralmente el destino del presupuesto y de hacer prevalecer su autoridad sobre la familia.

Una profusa literatura acerca de la “nueva mujer” y el “nuevo varón” proclama el advenimiento de una “nueva familia”. Las identidades rígidas de género habrían sido erosionadas para dar paso a definiciones más flexibles y a prácticas más adaptadas a las necesidades y deseos individuales. Los medios de comunicación, de gran predicamento en la Argentina en tiempos recientes, se hacen eco de un discurso según el cual un cierto tipo de familia, de mujer y de varón está desapareciendo y dando paso a uno nuevo. El que se pierde en el pasado es “un modelo social sumamente rígido que se impone sin tener en cuenta los deseos individuales; a las personas se las ciñe en roles que no eligieron y se les deja poco margen para optar y para desarrollar su subjetividad”

* Escuela de Educación, Universidad de San Andrés (cwainerm@udesa.edu.ar).

(Wainerman y Benza, 2002:79). En oposición, los medios describen un nuevo ideal de mujer, de varón y de familia que instan a las lectoras a abrazar. Es el de las mujeres que “no se conforman” con los roles domésticos, las trabajadoras, las que desarrollan un sinnúmero de intereses y que son enaltecidas conjuntamente con aquellos varones que participan de las tareas del hogar, los padres comprometidos y los que no se avergüenzan de mostrar sus sentimientos. En este ideal actual, la relación de amor entre los cónyuges es el principal sustento de la vida familiar, cuyo objetivo último es constituir un ámbito para el libre desarrollo de las individualidades.

Hay confianza en el cambio, quizás la misma confianza que en la década del setenta se depositó en la capacidad del empleo femenino de propiciar relaciones más democráticas en el espacio público y también en el privado. En aquel entonces las políticas de promoción del papel de la mujer en la sociedad partieron del supuesto de que, dotando a las mujeres de mayores recursos (educativos, profesionales, financieros, políticos) y eliminando los principios de discriminación que regían el mercado de trabajo y la vida pública en general, lograrían equilibrar la relación desigual entre unas y otros y, muy especialmente, entre los cónyuges en el seno del hogar. Sin embargo, los crecientes niveles educativos de las mujeres, su masivo ingreso y permanencia en el mercado de trabajo, sus conquistas civiles y políticas, su progresiva capacidad para generar ingresos no tuvieron todos los efectos esperados. En contraste con el optimismo del discurso de los medios masivos de comunicación, la inequidad de género parece subsistir en las prácticas en la esfera privada, mucho más de lo que se logró en la esfera pública. En este capítulo procuramos conocer en qué medida las prácticas cotidianas concuerdan o no con el optimismo que permea el discurso, o en qué medida enfrentamos una “revolución estancada”.

El aumento de la participación de las mujeres en el mercado de trabajo, que tuvo lugar desde los años 60 en los países desarrollados y algo más tardíamente en países como la Argentina, sirvió de motor para cuestionar la ancestral separación entre los cambios en la familia (competencia de estudio de la sociología) y los cambios en el mercado de trabajo (competencia de estudio de la economía). En otras palabras, se hizo evidente que la división del trabajo en nuestras sociedades industriales ha funcionado y funciona “simultánea e indisolublemente en dos instancias [y por lo tanto] no se puede dissociar del estudio del lugar de los hombres y las mujeres en la producción de su lugar dentro de la familia” (Barrère-Maurisson, 1999:35).

Cuando ambas esferas, laboral y familiar, se tratan conjuntamente, es decir, en sus relaciones recíprocas, lo que se plantea ya no es tanto la determinación de una esfera sobre la otra, sino las modalidades de articulación entre las transformaciones familiares y las del sistema productivo; lo que trae a la escena los vínculos entre el trabajo económico y el no económico, las relaciones de género en el mundo del trabajo y en el mundo de la familia.

Esta articulación entre ambas esferas —familiar y productiva—, como dice Barrère-Maurisson (1999), tiene lugar en el marco de una cierta autonomía relativa, porque, si bien cada esfera se rige por sus propias leyes de transformación y de evolución, entre las normas que rigen a una y a otra, hay una lógica que les es común: la de la división del trabajo; más especialmente, la división del trabajo entre ambos sexos. Esta división del trabajo funciona al mismo tiempo en ambas instancias: trabajo y familia. “Por eso [dice Barrère-Maurisson, 1999:35] es que no basta con estudiar los efectos de la vida laboral por ejemplo, sobre la vida familiar, o a la inversa, pero sí hay que analizar[las] desde un primer momento como pertenecientes a una misma lógica que atribuye, dentro de estas estructuras, su lugar específico tanto al hombre como a la mujer”.

El análisis de género se torna ineludible cuando se trata de considerar los lugares que ocupan los miembros de uno y otro sexo. En la familia, al menos desde el siglo XIX, cuando se separaron los ámbitos espaciales en los que se desenvolvían la vida laboral y la familiar, se asignó a los varones la responsabilidad por la provisión económica de la familia en el espacio exterior y a las mujeres, el cuidado del hogar y los hijos en el espacio interior. A ellos, el mundo público y a ellas, el privado.

Estos dos “mundos” no sólo fueron concebidos socialmente como diferentes sino que se les atribuyó también una jerarquía: lo masculino se transformó en lo superior y lo femenino en lo inferior y lo subordinado. Estas asignaciones culturales, sedimentadas durante las primeras décadas del siglo XX, han afectado las imágenes y representaciones de los roles de esposa/esposo y de madre/padre y han tenido una notoria persistencia que tiende a “naturalizarlas”. La “naturalización” no sólo afecta a la estructura formal de la familia, también a su organización interna basada en la división del trabajo (Durham, 1999:40). A su vez, la atribución de roles específicos en el seno de la familia se corresponde con una cierta división del trabajo por género fuera del hogar, que asigna lugares bien distintos en el mercado laboral a los varones y a aquellas mujeres que buscan participar de él. Durante décadas, ellas se concentraron en un corto número de ocupaciones, varias estrechamente ligadas a brindar servicios “femeninos” (de salud, educación, limpieza), en general en posiciones de menor prestigio y con menores remuneraciones que ellos quienes, en cambio, tienen acceso a una gama muy amplia de actividades y alcanzan también todos los niveles de la jerarquía, desde los más bajos hasta los más elevados.

Como en otros momentos de la historia, en la actualidad las transformaciones del contexto económico y social, que han afectado fuertemente a la institución familiar, están sacudiendo las definiciones genéricas de la femineidad y la masculinidad, tanto en lo relativo a sus capacidades biológicas y psicológicas como a sus capacidades sociales y, por ende, a sus roles sociales en general y en la esfera de la familia en particular. El aumento de la participación económica de las mujeres, en especial entre las casadas y unidas, madres de familia, junto a la pérdida del empleo y la persistente desocupación masculina, sobre todo entre los jefes de hogar, acompañados por el aumento de las separaciones y divorcios, de los hogares monoparentales y de los encabezados por jefas de hogar mujeres, son algunas de las mayores transformaciones sociales a las que estamos asistiendo en nuestra historia reciente. Se trata de transformaciones motorizadas y/o acompañadas por cambios de valores, en gran medida generados en el ámbito del movimiento feminista, que han puesto en cuestión las definiciones segregadas de género.

Estas transformaciones mayores plantean un nuevo interrogante. Mientras el mundo público y el mundo privado estuvieron organizados en función de una estricta segregación genérica, no parecía necesario ni pertinente preguntarse por la igualdad de los cónyuges. Estaba claro, para la mayoría, que mujeres y varones eran “naturalmente” distintos y, en base a esas diferencias, la sociedad les acordaba roles específicos. El problema de la equidad sólo comenzó a plantearse cuando empezó a afirmarse la igualdad de atributos y capacidades entre ambos géneros. Los cambios recientes alentaron esta inquietud. Por un lado, la mayor presencia de las mujeres en el espacio público y productivo; por el otro, la instalación de la idea (antes privativa de los círculos feministas) de que varones y mujeres tienen derecho a oportunidades equivalentes. Ahora sí hay razones para reclamar un análisis sobre la equidad o inequidad de las parejas, no sólo en lo que respecta a la vida puertas afuera, sino también dentro del hogar. Y también a preguntar más puntualmente: ¿hasta qué punto la expansión de la

participación de las mujeres en el mercado de trabajo ha sido acompañada por una participación equivalente de parte de los varones en las tareas del hogar y la crianza de los hijos? Dicho en los términos de Hochschild (1989), ¿en qué medida la revolución ocurrida en el mundo público ha quedado estancada en el mundo privado por la persistencia de comportamientos segregados en la organización cotidiana del hogar? Las mujeres, que aliviaron la responsabilidad de sus maridos por mantener ellos solos económicamente a sus familias, ¿se han aliviado de las tareas domésticas y maternas que asumían cuando se dedicaban exclusivamente a la casa y los hijos? Las parejas de hoy, ¿comparten adentro del hogar tanto como comparten afuera? ¿Ocurre lo mismo en diversos sectores sociales?

Estas preguntas ya fueron abordadas en las últimas dos décadas por numerosos estudios en países tan diversos como Estados Unidos, Francia, Inglaterra, España, México, Sudáfrica, Suecia, China o Rusia¹. La respuesta a que han arribado de manera consensual es que las mujeres siguen dedicando, en promedio, más horas que sus cónyuges al trabajo doméstico, aun aquéllas que participan del mercado de trabajo a tiempo completo, como ellos².

En este capítulo indagaremos si los hallazgos encontrados en otros países son aplicables a las familias en la Argentina de hoy, más específicamente a las familias nucleares de sectores sociales medios altamente educados y a las de los sectores bajos, más afectados por la exclusión social.

Economía y mercado de trabajo

Desde el retorno de la democracia, en 1983, los planes económicos no lograron retomar la senda del crecimiento que habían seguido en décadas anteriores ni disminuir definitivamente la inflación. Más allá del éxito efímero del Plan Austral, la crisis económica siguió profundizándose hasta desembocar en los picos hiperinflacionarios de 1989 y 1990. El retroceso dejó huellas profundas en el mercado de trabajo. En los años 80, la brecha generada entre el estancamiento de la oferta de trabajo productivo³ y el aumento en la disponibilidad de mano de obra se resolvió a través de la expansión del subempleo y del trabajo informal.

A comienzos de los años 90, y dentro del marco de los postulados del Consenso de Washington⁴, la Argentina, como la mayoría de los países de la región, se embarcó en una profunda reforma del modelo de acumulación y de intervención estatal vigentes desde la posguerra. Se trata del abandono de un sistema cerrado, con fuerte intervención estatal, y de la adopción de un modelo abierto que prioriza los mecanismos del mercado.

¹ Ver, entre otros, Coltrane (2000), quien revisa más de 200 trabajos académicos sobre el trabajo doméstico publicados entre 1989 y 1999; Dunn (1997); Durán (1988); Hass (1993); Hood (1986); Morris (1990); Ramos Torres (1990); Salles y Tuirán (1997); Szinovacz (1984); Warshovsky Lapidus (1988); Zhang y Farley (1995).

² Por eso Blumberg (1991:9) dice que "el trabajo doméstico es el aspecto de la vida familiar más resistente a los cambios de las mujeres en la posición económica y en la fuerza de trabajo".

³ De acuerdo con los datos elaborados por Monza (1993:80-81) sobre la base de información censal y de datos inéditos del Banco Central, el sector industrial no generó empleo entre 1980-1990; la construcción y el sector primario disminuyeron sus puestos de trabajo y sólo crecieron notablemente el comercio y los servicios personales y sociales.

⁴ El Consenso de Washington condensa una serie de reformas impulsadas por los organismos internacionales en América Latina. Se trata de diez instrumentos de política: disciplina fiscal, prioridad del gasto público en educación y salud, reforma tributaria, tasas de interés positivas determinadas por el mercado, tipos de cambio competitivos, políticas comerciales liberales, apertura a la inversión extranjera, privatización de empresas públicas, desregulación y protección de la propiedad privada.

La Ley de Convertibilidad y el conjunto de reformas que la acompañaron —la apertura comercial, la desregulación y las privatizaciones— tuvieron un fuerte impacto en la estructura y dinámica productiva del país y, consiguientemente, también en el mercado de trabajo. Con el fin de adaptar este último a las necesidades de una economía globalizada, se introdujeron una serie de reformas dirigidas a aumentar la flexibilización de las contrataciones y de los despidos, al tiempo que se reducían las obligaciones de los patrones por los pagos de la seguridad social (Marshall, 1998).

Tras la aplicación de estas medidas, entre 1991 y 1994, el país alcanzó logros macroeconómicos significativos; especialmente la baja de la inflación y la recuperación del crecimiento del PBI a una tasa relativamente alta. La estabilización de los precios permitió mejorar el poder de compra de las remuneraciones que, junto con la entrada de capitales externos y la expansión del crédito al consumo, posibilitaron un importante incremento de la demanda doméstica. A fines de 1998 los avatares de los mercados de capitales internacionales volvieron a impactar fuertemente sobre la economía, dando inicio a una nueva fase recesiva que, por su profundidad y duración, resultó inédita en la historia del país.

Las dificultades económicas se agudizaron a fines de 2001, cuando se intensificó el proceso de huida del peso, lo que llevó al gobierno a restringir el retiro de depósitos de los bancos y el movimiento de divisas. Las autoridades finalmente declararon el *default* de la deuda soberana y, posteriormente, a principios de 2002, la devaluación del peso.

Como no podía ser de otra manera, el mercado de trabajo no permaneció ajeno a las vicisitudes que experimentó la economía, y quizás éste sea uno de los ámbitos donde aquéllas tuvieron un impacto más notorio. En términos globales, el saldo de la década del 90 en materia ocupacional fue altamente negativo: las tasas de desocupación pasaron a ser elevadas y persistentes y se intensificó el proceso de precarización e inestabilidad de las ocupaciones.

Las primeras señales de alarma en el mercado de trabajo se registraron en 1993, es decir, antes de que la economía entrara en la primera fase recesiva de la década. En mayo de ese año, el desempleo abierto en los principales aglomerados urbanos alcanzó por primera vez los dos dígitos (10%). El aumento de la tasa de actividad que se produjo en los primeros años de los 90 no pudo ser absorbido por una economía que se expandía pero creaba insuficientes puestos de trabajo, y evidenciaba de este modo que el crecimiento del producto no es condición suficiente para el incremento del empleo (Monza, 1993). Cuando la economía entró en recesión, el desempleo tuvo un crecimiento explosivo, que alcanzó en 1996 a alrededor del 17% de la población económicamente activa. La recuperación del crecimiento económico trajo consigo un aumento de la demanda de trabajo que descomprimió en cierta medida la situación laboral. Pero la fase recesiva que se inició en 1998 volvió a golpear nuevamente al mercado de trabajo, y esta vez con mayor intensidad. El desempleo mostró una tendencia creciente que, tras alcanzar un pico de 21,5% en mayo de 2002, comenzó a revertirse en la segunda mitad del año. Esta reversión se debe, no obstante, en buena medida, a la ampliación de los programas de ayuda para desocupados con los que el gobierno intentó paliar la precaria situación social⁵.

Las tasas de desempleo abierto son apenas la punta del iceberg de la situación ocupacional legada por la década del 90. En efecto, a quienes buscan infructuosamente trabajo se suman los trabajadores en situaciones ocupacionales precarias. Durante la

⁵ En este sentido, es pertinente apuntar que aunque la tasa de desempleo en octubre de 2002 para el total de los aglomerados urbanos fue de 17,8%, si incluimos en ella a los beneficiarios de los planes para desocupados, alcanza el 21,8% (Ministerio de Trabajo, 2003).

década aumentaron en forma alarmante la subocupación horaria, los contratos de duración determinada y los trabajadores sin aportes sociales (Lindenboim, 2001). El deterioro extremo del mercado laboral se hizo visible, además, en la enorme masa de trabajadores que buscaron refugio en el sector informal, y en los excluidos del sistema que recurrieron a la recolección de papel, cartón y metales y al trueque para paliar la extrema miseria.

Los índices de pobreza y distribución del ingreso evidencian de modo dramático el impacto de las transformaciones del mercado de trabajo sobre las condiciones de vida de la población. Los hogares bajo la línea de pobreza, que entre 1991 y 1993 habían decrecido, tendieron a aumentar fuerte y constantemente como resultado de la disminución de los ingresos de los hogares (Suárez, 1998). Así, antes de finalizar la convertibilidad, en octubre de 2001, la proporción de la población bajo la línea de pobreza alcanzaba a 38%. Sobre estos ya muy altos niveles, el deterioro de los ingresos reales por la inflación condujo a que sólo un año después, en octubre de 2002, la población bajo la línea de pobreza ascendiera a 57,5%.

Empleo y desempleo desde la perspectiva de género

En el marco de los cambios ocurridos en la economía y el mercado de trabajo en la Argentina, la historia laboral, incluyendo la de la ocupación y desocupación, ha sido diversa para las mujeres y los varones.

En la historia inventariada del empleo en la Argentina (que se inicia con el primer censo nacional de población de 1869), la participación económica femenina llegó, hacia la fecha del cuarto censo de 1947, a los niveles más bajos, siguiendo una tendencia decreciente. La mayoría de las familias argentinas reproducían, por entonces, una organización en la cual los varones eran a la vez responsables y capaces de sostener con sus ingresos al hogar, mientras sus esposas se dedicaban tiempo completo a velar por la casa y a criar a sus hijos.

Hacia 1950, las mujeres comenzaron a aumentar su participación laboral, a un ritmo lento hasta 1960, y más acelerado en las décadas siguientes. Este movimiento de la casa al trabajo actuó como una contracorriente dentro del panorama de una fuerza de trabajo global decreciente. En otras palabras, mientras los varones disminuían su participación en el mercado de trabajo —a través de las vías seguidas por los jóvenes (que prolongaron su escolaridad y retrasaron su ingreso al mundo del trabajo) y los mayores (que adelantaron su salida del mercado en pos de la jubilación y el retiro)—, las mujeres la aumentaban. A estos grupos se les añadieron, desde mediados de la década del 70 y más aceleradamente desde los 80, los varones adultos jefes de hogar que redujeron su participación en el mercado laboral por efecto de la crisis.

La expansión de la educación entre las mujeres (sobre todo en el nivel secundario) y la equiparación con los varones en esa materia han tenido un efecto importante sobre el incremento de la oferta laboral femenina. La postergación del matrimonio y la reducción del tamaño de la familia hicieron lo suyo en el mismo sentido. Las cifras son claras, la proporción de mujeres de entre todos los trabajadores (mujeres y varones) de 14 y más años de edad creció desde un 22% en ocasión del censo de 1960, a 25% en el de 1970 y a 27% en el de 1980 (Wainerman, 1995; Recchini de Lattes, 1980). Las responsables del crecimiento fueron las mujeres de entre 25 y 55 años de edad, cuya participación pasó de 23% a 33% y, entre ellas, más especialmente las de 35 a 55 años, que crecieron de 20% a 31% entre 1960 y 1980; lo que representa un alza de 55%. Se trata, sobre todo, de mujeres casadas y unidas, en su mayoría cónyuges del jefe de hogar, con niveles medios y, sobre todo, altos de educación.

Entretanto, los varones de entre 25 y 55 años de edad en el mismo período disminuían su participación de 96% a 93%. Lo ocurrido en el nivel nacional se reiteró en el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA). Entre 1980 y 1991 la tasa de actividad de las mujeres de 14 y más años de edad creció de 32% a 37%.

Llegados los 90, las tendencias en el empleo femenino y masculino se acentuaron. Entre 1991 y 2003, en el AMBA, la tasa de actividad de las mujeres de 14 años y más se incrementó un 27% (de 37,3% a 47,3%); esto continuó intensificando el proceso de feminización de la fuerza de trabajo. Las responsables del crecimiento de la participación económica femenina fueron mujeres de mayor edad, a diferencia de lo que había ocurrido entre 1960 y 1980. Se trata de mujeres de entre 35 y 64 años de edad y, entre ellas, más especialmente las de 55 a 64 años, que aumentaron su participación más del doble, de 20% a 43%. En contraste, las tasas de participación económica masculina en ese período prácticamente no variaron, excepto por un ligero crecimiento entre el grupo de 55 años y más. Es importante destacar que las mujeres que se incorporaron en mayores proporciones al mercado en estos años continuaron siendo las casadas y unidas, en su mayoría cónyuges del jefe de hogar.

La transformación en las pautas laborales de las mujeres adultas implica un cambio de carácter revolucionario. La fuerza de trabajo femenina hasta los 60 estaba formada predominantemente por hijas que en general salían a trabajar en su juventud, antes de casarse o de tener su primer hijo, y luego dejaban de hacerlo para dedicarse a la casa y a la crianza, porque se entendía que era parte de la hombría de bien de los maridos ser el sustento de su familia. Los varones, en cambio, no tenían elección. Ingresaban a la fuerza de trabajo y allí se quedaban, ocupados o buscando trabajo, hasta su retiro o su muerte. Casarse, tener hijos, pocos o muchos, que el menor ingresara a la escuela, no les afectaba a ellos en su relación estable con el mercado laboral. Para ellas, en cambio, las entradas y salidas del mercado de trabajo estaban íntimamente ligadas a esos tránsitos vitales. Actualmente, en cambio, son muchas las mujeres que entran y permanecen en el mercado de trabajo —sea como ocupadas o buscando trabajo—, casi como los varones, cualquiera sea su situación familiar. Lo mismo da que formen o no una pareja, tengan o no hijos y, si los tienen, que sean bebés, niños o adolescentes. Y, en esto, la Argentina no está sola. Sigue el camino que ya han recorrido los países más desarrollados de América y de Europa, en los que la trayectoria laboral de las mujeres se ha asimilado a la de los varones.

Como había ocurrido ya en la década anterior, durante los años 90, la desocupación creció a niveles considerables entre ambos, mujeres y varones. En el caso de las mujeres, el significativo incremento de su participación en el mercado de trabajo fue acompañado por un fuerte aumento del desempleo, de forma tal que, mientras en 1991 el 5,9% de las mujeres del AMBA de 14 años y más estaban desocupadas, en 2003 se triplicaron, llegando a representar el 15,5%. Por su parte, la desocupación entre los varones de las mismas edades más que triplicó, de 4,9% a 17,2%; fundamentalmente debido a la pérdida de puestos de trabajo "masculinos", sobre todo entre los de bajo nivel de educación y con más de 40 años de edad.

En síntesis, tal como se evidenciaba en los años 80, el crecimiento de la participación económica de las mujeres no aparece vinculado al mejoramiento de su situación en la sociedad, sino a procesos de ajuste estructural y reestructuración económica (Berger, 1995). En este sentido, los datos de Cerrutti (2000) muestran que el crecimiento de la fuerza de trabajo femenina en el AMBA obedece a la incorporación de "trabajadores adicionales" que buscaban compensar la desocupación de los trabajadores "primarios" (habitualmente los jefes de hogar), más que al retorno de "trabajadores

antes desalentados" (que habían abandonado la búsqueda de trabajo cuando las condiciones de alto desempleo la desaconsejaron).

Transformaciones en los individuos y en las familias

Las transformaciones operadas durante las últimas décadas en la economía y en el mercado de trabajo han ido paso a paso con otras que tuvieron lugar en la vida de los individuos y de las familias.

A mediados del siglo XX, el nivel de fecundidad del país era relativamente bajo en el contexto latinoamericano, resultado de una tendencia decreciente que se había iniciado entre fines del siglo XIX y comienzos del XX. En 1960, la tasa global de fecundidad, que expresa el número promedio de hijos tenidos por las mujeres al finalizar su vida reproductiva, era de 3,1 hijos por mujer. Luego de un leve incremento entre 1970 y 1980, retomó su trayectoria decreciente, ubicándose en un promedio de 2,8 hijos en el quinquenio 1990-1995. Estos valores, sin embargo, esconden importantes diferencias regionales y sociales. Así, en 1990-1995 la tasa global de fecundidad más baja (en la Capital Federal) era de 1,7 hijos por mujer, mientras las más altas (en las provincias de Formosa, Chaco, Misiones y Santiago del Estero) rondaban los 3,7 a 4 hijos (INDEC, 2000).

El descenso en la fecundidad fue acompañado por otro en la mortalidad (que cayó de modo continuo desde mediados de siglo), y ambos, en forma combinada, llevaron a un proceso de envejecimiento poblacional. Según los censos nacionales de población, entre 1960 y 2001 la proporción de personas de 60 y más años de edad creció de 9% a 13%, pero el sector que más lo hizo fue el más añoso dentro de esa franja. Entre 1970 y 2001, del total de población de 60 y más años, la proporción de los más "jóvenes", los que tenían entre 60 y 69 años, decreció de 62% a 49%, mientras la de los de 75 años, y más, creció de 19% a 30%. El envejecimiento no fue parejo para mujeres y varones: fue más favorable para ellas que para ellos. Mientras en 1970, por cada cien mujeres de 60 y más años, había 91 varones, en 2001 la proporción había decrecido a 73 varones. La misma tendencia siguió la esperanza de vida al nacer de unas y de otros. En 1960-65 ésta alcanzaba a 62,5 años para los varones y a 68,6 para las mujeres; treinta años más tarde, en 1990-95, se había extendido a 68,6 y a 75,7 respectivamente, manteniéndose las diferencias a favor de ellas.

Mientras se producían estos cambios demográficos, otras transformaciones de enorme magnitud ocurrían en el ámbito de la educación formal. Si hasta la década de los 50 el analfabetismo continuaba estando más extendido entre las mujeres que entre los varones, a partir de esa fecha la brecha entre ambos sexos se fue cerrando y hasta llegó a invertirse. Según el censo de 1980, entre la población de 65 y más años, el analfabetismo era algo mayor entre las mujeres que entre los varones (15% vs. 12%), pero, contrariamente, entre los jóvenes de 10 a 14 años, era (poco) más frecuente entre los varones (4%) que entre las mujeres (3%). La ausencia de diferencias entre sexos es un indicador de la expansión de las oportunidades educacionales de las mujeres y de una concepción más igualitaria de ambos sexos en la sociedad.

La expansión de la educación abarcó también, y especialmente, a la población matriculada en los niveles secundario y superior. En ambos casos, el crecimiento de la matrícula femenina aventajó al de la masculina. Así, entre 1960 y 1991, aumentó el número de jóvenes de entre 13 y 17 años cursando la escuela secundaria, pero más entre las mujeres (de 25% a 62%) que entre los varones (de 24% al 57%). Algo similar ocurrió en el nivel superior, entre los jóvenes de 18 a 24 años. Las mujeres, que sólo alcanzaban al 3% en ese nivel en 1960, más que se triplicaron, llegando al 10% hacia

1980, mientras los varones sólo aumentaron un 50%, del 6% al 9%. La incorporación de las mujeres a los niveles más altos de educación continuó en los años posteriores, al punto que en 1988 llegaron a constituir más de la mitad de la población estudiantil de la Universidad de Buenos Aires y en 1994 alcanzaron a constituir el 52,2% de la población de todas las universidades nacionales (Palermo, 2000).

Las transformaciones reseñadas se han dado junto con profundos cambios en las familias. Unas pocas cifras bastan para comprender la magnitud de las transformaciones que las han atravesado. Desde 1960, y más aceleradamente desde 1980, han aumentado las uniones de hecho, concebidas como etapa previa o alternativa al matrimonio legal. En el total del país, pasaron de constituir sólo el 7% del total de uniones en 1960 a 11% en 1980 y a 27% en 2001; es decir, casi se cuadruplicaron en cuatro décadas. Consistentemente, durante este período creció de manera significativa el número de hijos extramatrimoniales (nacidos de progenitores no unidos en matrimonio legal y de madres solteras), de 24% en 1960 a 55% en 1999, un aumento que fue motorizado principalmente por las clases medias (Ministerio de Salud, 1999; Torrado, 2003).

También las separaciones y divorcios en el total del país, entre la población de 14 años y más, crecieron de 0,6% en ocasión del censo de 1960 a 2,1% en el de 1980 y a 4,8% en el de 2001. Lo que revela un profundo cambio de valores es que la proliferación de rupturas se ha producido especialmente entre mujeres y varones de edades medias y mayores, lo que era impensable décadas atrás, cuando el matrimonio era “hasta que la muerte nos separe”. La extensión de los valores modernos de autonomía personal, de libre elección de la pareja basado en el amor romántico, la creciente aceptación social de dar cauce a sentimientos y afectos, implican también la libertad de cortar vínculos cuando el amor se acaba, cuando el costo personal de la convivencia conflictiva supera cierto umbral.

Las diversas formas de vivir en familia, como dijimos en otro lugar (Wainerman y Geldstein, 1994:226-7), “posiblemente no distan más del modelo normal, tradicional, de familia de lo que distaba del modelo normal la familia que surgió con posterioridad a la Revolución Industrial y a la separación del hogar y el lugar de trabajo, cuando se produjo una verdadera revolución en la división del trabajo por género y en la distribución de los roles productivo y reproductivo. Pero hay una diferencia. Es probable que las formas de vivir alternativas del pasado surgieran a causa de imposiciones de nuevas realidades sociales y económicas en tanto las del presente parecen surgir de una creciente libertad para decidir voluntariamente cómo se quiere vivir...”.

A partir del panorama reseñado, no puede sorprender que el modelo de provisión económica de los hogares (el patriarcal, del varón proveedor y la mujer cónyuge ama de casa) haya alterado su presencia hegemónica. Los datos de la Encuesta Permanente de Hogares muestran para el AMBA que, en lo que va desde 1980 hasta ahora, entre los hogares nucleares completos, los de tipo patriarcal en los que el varón es el proveedor económico único han disminuido en casi un tercio (de 74,5% en 1980, a 68,9% en 1985, a 63,2% en 1991, a 58,5% en 1993, a 55,1% en 1995, a 53,7% en 2001), en tanto que los hogares de dos proveedores casi se duplicaron concomitantemente (de 25,5% a 46,3% entre ambas fechas), sea bajo la condición de ocupados o desocupados⁶. Y por si fuera poco el cambio, dentro de estos hogares, aquéllos en los que el varón está desocupado y la mujer es la ocupada y, consecuentemente, la jefa económica del hogar, aumentaron en el período 1980-2001 de 0,4% en 1980, a 1,2% en 1985, a 1,6% en 1993, a 3,8% en 1995, a 3,5% en 1997, a 4,0% en 1999, a 6% en 2001.

⁶ Ver Wainerman (2005), Capítulo 3. Los datos coinciden con los mencionados en la nota al pie 12.

El crecimiento del modelo de dos proveedores se manifestó con tendencias similares, aunque en magnitudes y en momentos históricos algo diferentes, en hogares de distintos sectores socioeconómicos y también en distintas etapas del ciclo familiar, indicado por el nivel de educación y por la edad de las madres y de los hijos menores convivientes. Cifras similares a las del AMBA (46,3%) se encontraban en la población urbana que reside en el total de los aglomerados relevados por la Encuesta Permanente de Hogares (47,0%) y también, con pocas variantes, en cada una de las regiones —Región del Noroeste (47,3%), del Nordeste (44,8%), de Cuyo (43,6%), Pampeana (49,3%), Patagónica (53,8%)—⁷.

En suma, en el ámbito del espacio público se ha operado una reestructuración del trabajo productivo según género. La economía nacional funciona hoy no sólo y principalmente gracias al aporte de la fuerza de trabajo masculina, sino también con números crecientes de mujeres que se incorporan y permanecen en el mercado de trabajo a lo largo de toda su vida. En el ámbito de la familia, esto ha significado para las mujeres sumar a su trabajo reproductivo un “segundo turno” de trabajo productivo, lo que implica asumir un “doble rol”. Al hacerlo está teniendo lugar una transformación radical del modelo de organización del hogar establecido de larga data; el del hogar patriarcal en el que los roles productivo y reproductivo están netamente segregados por género, el primero a cargo del esposo proveedor y el segundo, de la esposa madre. En la nueva situación, la pregunta que, como dijimos, intentamos responder con nuestro estudio es en qué medida la redistribución de roles según género que tuvo lugar en el mundo de la producción está siendo acompañada por una redistribución equivalente dentro del ámbito de la familia, en el mundo de la reproducción. La pregunta se dirige claramente a los varones y a la medida en que, cuando sus esposas asumen el “doble rol”, se opera en ellos una transformación similar que hace de la división del trabajo de la casa y de los hijos una empresa más equitativa.

Equidad de género en el ámbito doméstico

Para responder la pregunta contamos con los resultados obtenidos a partir de dos estudios realizados, uno en 2000-2004 y el otro en 2003-2006⁸. El primero involucra entrevistas con (las mujeres cónyuges de) 200 hogares nucleares completos con hijos, con residencia en el AMBA, formados del siguiente modo: 100 de sectores medios con niveles altos de educación (50 de un sólo proveedor —el cónyuge varón— y 50 con los dos cónyuges proveedores) y 100 de sectores bajos en el límite de la exclusión social (también 50 y 50, de uno y de dos proveedores). El segundo se llevó a cabo entre (ambos cónyuges de) 18 hogares también nucleares completos, con residencia en el

⁷ Los aglomerados que incluye cada región son: en el AMBA, Ciudad de Buenos Aires y Partidos del Conurbano; en el Noroeste, Gran Catamarca, Gran Tucumán-Tafí Viejo, Jujuy-Palpalá, La Rioja, Salta, Santiago del Estero-La Banda; en el Nordeste, Corrientes, Formosa, Gran Resistencia, Posadas; en Cuyo, Gran Mendoza, Gran San Juan, San Luis-El Chorrillo; en la Pampeana, Bahía Blanca-Cerri, Concordia, Gran Córdoba, Gran La Plata, Gran Rosario, Gran Paraná, Gran Santa Fe, Mar del Plata-Batán, Río Cuarto, Santa Rosa-Toay; en la Patagónica, Comodoro Rivadavia-Rada Tilly, Neuquén-Plottier, Río Gallegos, Ushuaia-Río Grande. Los datos aquí mencionados pueden consultarse en la tabla 8 del Apéndice A, en Wainerman (2005).

⁸ El primero, dirigido por Catalina Wainerman, realizado con un subsidio de la ANPCYT, dio lugar a la obra de Catalina Wainerman (2005) *La vida cotidiana en las nuevas familias ¿Una revolución estancada?*, Lumiere, Buenos Aires. El segundo, realizado por Gabriela Benza, en carácter de tesis de Maestría del IDAES/Universidad de Gral. San Martín, con la dirección de Catalina Wainerman, se titula “La vida familiar en un contexto de deterioro social. Cuando las mujeres reemplazan a los varones desocupados en el sostén económico del hogar” (2006).

AMBA, pero, en este caso, exclusivamente de sectores socioeconómicos extremadamente carenciados, de un único proveedor (mujer ocupada, es decir, jefa de hogar, y varón desocupado), equivalentes a los 100 hogares del primer estudio. Esto permite comparar la división del trabajo doméstico cuando sólo uno de los cónyuges aporta al sostén económico (el varón, según el modelo patriarcal), y cuando se invierte totalmente el modelo de responsabilidades económicas ancestralmente establecidas (la mujer es la única proveedora económica de un hogar en el que el marido está desocupado) y, finalmente, cuando ambos cónyuges comparten el sostén.

Comenzaremos por examinar los resultados de los 200 hogares de sectores medios y bajos, de un proveedor varón y de dos proveedores, mirando si la incorporación de las mujeres al trabajo extradoméstico (dos proveedores) da lugar a algún tipo de mayor equidad en la división del trabajo doméstico. Luego, con foco exclusivamente en los hogares de sectores bajos, examinaremos si la jefatura económica femenina (en hogares con cónyuges varones desocupados) hace más equitativa la equidad de la repartición del trabajo doméstico entre ambos cónyuges, y si lo hace más o menos que en los hogares en que ambos cónyuges aportan con su trabajo al presupuesto del hogar.

Para responder a la primera pregunta examinamos, hogar por hogar, cómo organizan las parejas conyugales su reproducción cotidiana y ocasional. Para el análisis, optamos por privilegiar como indicador el grado de participación de los esposos, ya que, en la mayoría de las familias, las mujeres no tienen opción; sea que las ejecuten ellas mismas o que asuman la responsabilidad por que las ejecuten otros (en quienes delegan la limpieza de la casa, el lavado de la ropa, o el baño de los niños)⁹, ellas son las *prima donna* de la escena. Los varones, en cambio, han tenido históricamente la “opción” de participar o no y, en caso de hacerlo, en diversos grados. Y en eso están tanto ellas como ellos alentados por las pautas culturales relativas a lo que es esperable y deseable de ambos en la vida social.

Con el propósito de dar una respuesta de mayor contundencia y certeza, comenzamos por concentrarnos en las tareas reproductivas cotidianas y en las tradicionalmente marcadas como femeninas en el cuidado de la casa y de los hijos¹⁰. En segundo lugar, examinamos lo que ocurre con las tareas ocasionales, porque entre ellas, en especial en relación a la casa, no así a los hijos, las hay consensual o tradicionalmente marcadas genéricamente como masculinas, de modo que una alta participación de los varones no es indicativa de una reestructuración de la división del trabajo por género¹¹.

El “grado de participación en la reproducción cotidiana” mide la combinación entre el número de tareas y la porción que de cada una de ellas realizan los varones en una escala cuyo rango va de 0,0 (no hace “nada” de ninguna de las actividades) a 4,0 (hace “todo” de todas las actividades domésticas cotidianas).

⁹ En los hogares de los sectores bajos se delega en los hijos mayores y en los de los sectores medios, en el servicio doméstico.

¹⁰ Son tareas cotidianas femeninas del cuidado de la casa, mejor dicho, “no masculinas”: cocinar, lavar platos, hacer las camas, poner la mesa, limpiar la casa, organizar la limpieza, lavar la ropa y planchar. Las equivalentes del cuidado de los hijos son: cambiar pañales, darles de comer, vestirlos y decidir qué ropa habrán de vestir.

¹¹ Son tareas ocasionales del cuidado de la casa: hacer pequeñas reparaciones domésticas (como cambiar cueritos de las canillas, arreglar enchufes, etc.), pagar las cuentas y mantener el auto, quienes lo tienen. Las equivalentes del cuidado de los hijos son: asistir a reuniones en la escuela, hablar con los maestros, llevarlos al médico, comprarles ropa y conocer los nombres de los amigos.

En casi un cuarto del total de las parejas conyugales (24%) los varones no participan absolutamente en nada de ninguna de las tareas cotidianas que demanda el cuidado de la casa; la gran mayoría, cercana a tres cuartos (69,5%), de los varones hace menos de un tercio del cuidado de la casa. Quienes más participan son una proporción casi insignificante de los varones (en 6,5% de las parejas conyugales), y esa mayor participación apenas representa hacerse cargo de entre un tercio y la mitad de la totalidad del trabajo cotidiano que requiere llevar adelante la casa, básicamente la alimentación y la limpieza (ver Cuadro 1).

La escasa contribución de los varones en el día a día de la casa no varía sustancialmente entre los distintos sectores sociales: 21% de los varones de los hogares de nivel medio no participan nada en ninguna tarea, cifra muy cercana al 27% de los que tampoco hacen nada entre los de nivel bajo. Los hogares en los que los esposos tienen una participación relativa mayor apenas alcanzan al 8% y al 5% respectivamente. Donde sí aparecen algunas diferencias es entre los hogares según la condición de la mujer (trabajadora o ama de casa): la prescindencia total de participación está más extendida (29,3%) entre los esposos que son proveedores únicos que entre aquellos cuyas esposas salen a trabajar (18,8%).

Cuando se trata de los hijos, son menos los varones, (8%) en el total de los hogares, que no hacen nada de ninguna de las tareas que demanda su sustento cotidiano, y son más los que tienen a su cargo entre un tercio y la mitad de todas las tareas (18,5%). Contrariamente a lo que ocurre con las tareas de la casa, aquí las diferencias entre las clases sociales son más marcadas. Los padres de los sectores medios se involucran más en la paternidad; alrededor de un cuarto (27%) se hacen cargo de más de un tercio y hasta de casi la mitad de las tareas cotidianas; lo que contrasta con el 10% de quienes hacen lo mismo en los sectores bajos. El compromiso de los varones con la paternidad, en cambio, no es sensible a que las madres salgan o no a trabajar (ver Cuadro 1). Como se puede ver en el Cuadro 2, el “varón promedio” participa apenas en un décimo de la totalidad del cuidado cotidiano de la casa (0,44) y en cerca de un cuarto (0,79) del cuidado cotidiano de los hijos. Si tomamos en cuenta que la realización total de estas tareas equivale a un puntaje de 4,0 y la realización de la mitad a uno de 2,0, se hace patente cuán baja es esa participación.

Cuadro 1

Estructura de los hogares según grado de participación de los varones en tareas cotidianas y ocasionales de la casa y de los hijos, por nivel económico social y número de proveedores (en porcentajes)

Grado de participación de los varones, ámbito y tipo de actividades	Total	Nivel económico social		Nº de proveedores	
		Bajo	Medio	Uno	Dos
Cotidianas					
<i>Cuidado de la casa</i> ¹					
Nada (0,0)	24,0	27,0	21,0	29,3	18,8
Menos de 1/3 (0,1-1,2)	69,5	68,0	71,0	64,6	74,3
1/3 y más (1,3-2,8)	6,5	5,0	8,0	6,10	6,90
<i>Cuidado de los hijos</i> ²					
Nada (0,0)	8,0	13,0	3,0	9,1	6,9
Menos de 1/3 (0,1-1,2)	73,5	77,0	70,0	74,7	72,3
1/3 y más (1,3-2,4)	18,5	10,0	27,0	16,2	20,8
Ocasionales					
<i>Cuidado de la casa</i> ³					
Nada (0,0)	2,5	2,0	3,0	2,0	3,0
Menos de 1/3 (0,1-1,2)	7,5	12,0	3,0	8,1	6,9
1/3 y más (1,3-4,0)	90,0	86,0	94,0	89,9	90,1
<i>Cuidado de los hijos</i> ⁴					
Nada (0,0)	9,5	14,0	5,0	7,1	11,8
Menos de 1/3 (0,1-1,2)	69,5	70,0	69,0	74,7	64,4
1/3 y más (1,3-2,8)	21,0	16,0	26,0	18,2	23,8

¹ Incluye: cocinar, lavar los platos, hacer las camas, poner la mesa, limpiar la casa, organizar la limpieza, lavar la ropa, planchar y hacer las compras.

² Incluye: cambiar los pañales, darles de comer, bañarlos/se bañen, vestirlos/se vistan, decidir qué ropa se ponen, hacerlos dormir, cepillar los dientes, llevarlos a la escuela, ayudarlos con deberes, controlar TV y reprenderlos.

³ Incluye: cambiar cueritos, detectar cuándo cambiar cueritos, contratar pintor, pagar las cuentas, cuidar mayores cuando enferman y mantener el auto.

⁴ Incluye: asistir a reuniones en la escuela, hablar con maestros, quedarse en casa cuando enferman, llevarlos al médico, comprarles ropa, detectar cuándo cortarles uñas y pelo y conocer nombres de amigos.

El manejo *cotidiano* del hogar diverge del *ocasional*. Son pocos los hogares en los que los varones no se ocupan de algo o mucho de las pequeñas reparaciones de plomería o electricidad que demanda el funcionamiento de la casa, o de contratar un pintor, pagar las cuentas y otras tareas que no requieren ser hechas cotidianamente, aunque sí ciertas habilidades “técnicas” o de manejo de decisiones o de dinero. Como puede verse en el Cuadro 1, en el 90% de los hogares los varones realizan entre un tercio y la totalidad de las demandas, con alguna mayor participación en los sectores medios que en los bajos, pero con muy poca diferencia entre los hogares en los que son uno o ambos los sostenes económicos de la familia. Estas tareas son claramente “masculinas”: combinan su carácter de ocasional con el de demandar cierta “calificación”, que se supone más extendida entre los hombres que entre las mujeres.

La situación contrasta con el ejercicio de la paternidad. Si bien en este caso los padres se involucran algo más en tareas como asistir a reuniones escolares, hablar con los maestros de sus hijos, acompañarlos al médico, comprarles ropa o conocer el nombre de sus amigos, que en cambiarles los pañales a los más pequeños, darles de comer, bañarlos, vestirlos, hacer que se cepillen los dientes, llevarlos a la escuela, ayudarlos con los deberes, controlar su consumo de TV o reprenderlos; las diferencias entre la vida cotidiana y la ocasional están mucho menos marcadas que en relación a las demandas de la casa. En términos del “varón promedio” (ver Cuadro 2) el grado de participación en la reproducción ocasional de la casa (2,46) es mucho mayor que en la del cuidado de los hijos (0,81). En una escala de 0,0 a 4,0, los padres están claramente a

cargo de más de la mitad de las tareas ocasionales de la casa, pero por debajo de la mitad de las igualmente ocasionales que involucran a los hijos.

Cuadro 2
“Grado de participación promedio” de los varones en las actividades cotidianas y ocasionales de la casa y de los hijos según nivel económico social y número de proveedores

Ámbito y tipo de actividades	Nivel bajo		Nivel medio		Nivel		Nº proveedores		Total
	1prov.	2 prov.	1 prov.	2 prov.	Bajo	Medio	1	2	
<i>Casa</i>									
Cotidianas ¹	0,35	0,47	0,37	0,58	0,41	0,47	0,36	0,53	0,44
Ocasionales ³	2,58	2,32	2,45	2,50	2,45	2,47	2,52	2,41	2,46
<i>Hijos</i>									
Cotidianas ²	0,64	0,62	0,96	0,93	0,63	0,95	0,80	0,78	0,79
Ocasionales ⁴	0,78	0,72	0,79	0,93	0,75	0,86	0,78	0,83	0,81

¹ Incluye: cocinar, lavar los platos, hacer las camas, poner la mesa, limpiar la casa, organizar la limpieza, lavar la ropa, planchar y hacer las compras.

² Incluye: cambiar los pañales, darles de comer, bañarlos/se bañen, vestirlos/se vistan, decidir qué ropa se ponen, hacerlos dormir, cepillar los dientes, llevarlos a la escuela, ayudarlos con deberes, controlar TV y reprenderlos.

³ Incluye: cambiar cueritos, detectar cuándo cambiar cueritos, contratar pintor, pagar las cuentas, cuidar mayores cuando enferman y mantener el auto.

⁴ Incluye: asistir a reuniones en la escuela, hablar con maestros, quedarse en casa cuando enferman, llevarlos al médico, comprarles ropa, detectar cuándo cortarles uñas y pelo y conocer nombres de amigos.

En suma, el panorama no es alentador; más bien pone en evidencia que los varones no han hecho hasta el momento cambios equiparables a los esperables en relación a los que hicieron las mujeres. El manejo cotidiano de la casa es una empresa de las mujeres de modo muy generalizado, con alguna participación mayor de ellos (mínima, por cierto) cuando sus esposas salen a trabajar. Si bien el cuidado de los hijos es más una empresa de ambos, y más en los sectores medios que en los bajos, el ejercicio de la paternidad no es más o menos asiduo dependiendo de que las madres salgan o no a trabajar. Ambas circunstancias —la ligada a la situación socioeconómica o a que la provisión económica sea o no una responsabilidad compartida— interactúan: la participación es más equitativa entre los esposos-padres en los hogares de sectores medios de dos proveedores. El manejo ocasional de la casa es más una empresa de los varones; en cambio, los cuidados ocasionales de los hijos siguen siendo de las mujeres. En este caso también los varones de los sectores medios cuyas esposas, madres de sus hijos, salen a trabajar, son quienes entran en arreglos más equitativos, tanto en relación a la conyugalidad como a la paternidad; pero aún lejos de lo que es esperable frente a la participación que tantas mujeres adquirieron en el mundo del trabajo extradoméstico.¹²

Dos argumentos *de facto* acostumbran a enunciarse para explicar o justificar la inequidad en la distribución del trabajo doméstico entre cónyuges. Ambos tienen que ver con los recursos diferenciales de que disponen, o que aportan al hogar, unas y otros

¹² Mirado en una perspectiva histórica, el panorama actual se torna menos pesimista. De acuerdo a un estudio que llevamos a cabo en 42 hogares de la generación anterior, los varones no contribuían absolutamente, o casi nada, en las actividades cotidianas de la esfera doméstica. En efecto, en 82% a 100% de los hogares ellos se abstendrían de cocinar, lavar los platos, limpiar la casa, lavar la ropa, planchar y hacer las compras.

(Aldous *et al.*, 1998; Blood y Wolfe, 1960; Brayfield, 1995; Casper y O'Connell, 1998; Glass, 1998; Greenstein, 2000; Meil, 1999; Pittman y Blanchard, 1996). Uno de esos recursos es el *económico*. Si no salen a trabajar, las mujeres no hacen aporte monetario alguno al presupuesto familiar; si salen, en general, reciben remuneraciones menores que los varones, sea por la discriminación salarial de que son objeto (a igualdad de calificaciones que sus congéneres masculinos), sea porque se insertan en puestos de menor calificación y, consecuentemente, de menor remuneración. El otro recurso es el *tiempo* de que dispone cada uno de los cónyuges para realizar trabajo doméstico. Si no salen a trabajar, o si lo hacen, en general por menos tiempo que sus cónyuges, las mujeres dispondrían de mayor tiempo para el trabajo reproductivo. Estos argumentos no cuestionan por qué en la división total del trabajo (productivo y reproductivo) son menos las mujeres que salen a trabajar, ni por qué, cuando lo hacen, es por menos tiempo que los varones; se asume el hecho como natural.

Si estas conjeturas fueran veraces, en la situación extrema de los hogares en los que son las mujeres quienes hacen el mayor o todo el aporte de ingresos al hogar y quienes disponen de menos tiempo para actividades reproductivas debido a su compromiso con el trabajo productivo, la equidad en el reparto de la domesticidad y la paternidad debería ser máxima o, inclusive, la inequidad debería desplegarse en desmedro de los varones.

Estamos en condiciones de examinar la adecuación de estas explicaciones entre los hogares de los sectores más carenciados que investigamos.¹³ Para ello comparamos el coeficiente “grado de participación promedio” de los varones *vis a vis* con el de las mujeres (tal como ellas lo informaron) en un conjunto limitado¹⁴ de actividades domésticas (Cuadro 3) y parentales (Cuadro 4) en tres tipos de hogares igualados en sus circunstancias estructurales: los de un único proveedor (cónyuge varón), los de dos proveedores (ambos cónyuges) y los de una única proveedora (cónyuge mujer).

Cuadro 3

“Grado de participación promedio” de los varones y de las mujeres en las actividades domésticas según el modelo de provisión económica de los hogares (masculina exclusiva, compartida, femenina exclusiva)

Actividades	Participación varón			Participación mujer		
	Provisión masculina	Provisión compartida	Provisión femenina	Provisión masculina	Provisión compartida	Provisión femenina
Cocinar	0,52	0,64	1,61	3,34	3,24	2,00
Lavar los platos	0,26	0,44	0,83	3,04	2,52	2,11
Hacer las camas	0,10	0,18	1,33	2,70	2,76	1,39
Poner la mesa	0,34	0,58	0,76	2,44	1,70	2,06
Limpiar la casa	0,28	0,48	1,22	3,28	2,92	1,78
Organizar limpieza	0,14	0,32	0,94	3,58	3,66	2,59
Lavar la ropa	0,10	0,26	0,44	3,62	3,66	3,17
Planchar	0,07	0,16	0,50	3,53	3,39	2,33
Cambiar cueritos, etc.	3,24	2,73	2,76	0,48	0,55	0,00

¹³ No disponemos de datos para indagarlo entre los hogares de los sectores medios.

¹⁴ No idéntico, aunque muy cercano al que dio lugar a los resultados resumidos en los Cuadros 1 y 2 más arriba.

Detectar cuándo cambiar cueritos, etc.	2,10	2,08	2,53	1,74	1,76	1,12
Hacer las compras	1,40	1,10	1,83	2,38	2,48	1,89
Pagar las cuentas	2,31	1,94	1,47	1,69	1,94	2,00

Nota: los datos sobre hogares con provisión económica masculina y con provisión compartida provienen de Wainerman (2005); los de los hogares con provisión femenina, de Benza (2006).

Número de casos: hogares con provisión económica masculina: 50; hogares con provisión económica compartida: 50; hogares con provisión económica femenina: 18.

El Cuadro 3 muestra a las claras que, en *casi todas* las actividades domésticas (especialmente las cotidianas), la participación masculina es mayor (y la femenina es menor) en los hogares en los que son las mujeres las que salen a trabajar mientras sus cónyuges están desocupados, que cuando ambos están en el mercado de trabajo y comparten el sostén económico y, sin duda, que cuando los hogares están conformados según el modelo patriarcal con varones proveedores y mujeres amas de casa.

Resulta digno de destacar que la salida a trabajar de las mujeres parece tener un efecto menor sobre la equidad en la distribución del trabajo doméstico entre ambos cónyuges (vía la mayor participación masculina) que la desocupación laboral masculina. Sólo a título de ejemplificación, puede constatarse que el grado de participación promedio de los varones en el cocinar cotidiano aumenta de 0,52 en los hogares en los que son proveedores únicos a 0,64 en los que comparten la provisión económica con sus esposas a 1,61 allí donde la manutención económica está exclusivamente a cargo de sus esposas. Algo similar ocurre con el lavado de platos (0,26; 0,44 y 0,83) o con organizar la limpieza de la casa (0,14; 0,32; 0,94). Por otro lado es notable constatar que el manejo del dinero que implica el pago de las cuentas queda crecientemente más a cargo de las mujeres cuanto mayor es su aporte al presupuesto del hogar o, lo que es lo mismo, queda menos a cargo de los varones (2,31; 1,94 y 1,47) cuando no son proveedores económicos.

Más allá de las variaciones detectadas según la condición laboral de los cónyuges, hay una constante: cualquiera sea la situación laboral, la de aporte de ingresos o la de disponibilidad de tiempo en relación a sus maridos, las mujeres siguen siendo las que se hacen cargo de modo mayoritario de realizar las actividades domésticas *cotidianas*, al menos en los hogares de los sectores más desposeídos que hemos estudiado. Sólo en el caso de las actividades ocasionales —hacer pequeñas reparaciones del hogar como cambiar cueritos, enchufes, etc.; o detectar cuando es necesario hacerlas; o pagar las cuentas—, que normalmente son actividades “masculinas”, los varones participan menos en promedio según los tres tipos de organización de la provisión económica de los hogares que estamos examinando.

Cuando se trata de la paternidad, esfera en la que, como dijimos, los padres se involucran visiblemente más que en la domesticidad (o conyugalidad), la pauta que encontramos respecto de esta última esfera se reitera. La salida o no a trabajar de las mujeres tiene menor efecto sobre la equidad en el reparto interconyugal de la atención de los hijos que la desocupación de los varones. Como puede verse en el Cuadro 4, con la sola excepción de ayudarlos con los deberes, el promedio de participación de los esposos es mayor entre los desocupados, es decir, en los hogares con jefatura femenina. Por otro lado, también en esta esfera, cualquiera sea la situación laboral de las mujeres, su aporte de ingresos al presupuesto familiar y/o su disponibilidad de tiempo, las mujeres asumen una participación mayor que sus cónyuges en la realización de casi todas las actividades indagadas.

Cuadro 4
“Grado de participación promedio” de los varones y de las mujeres en las actividades del cuidado de los hijos según el modelo de provisión económica de los hogares (masculina exclusiva, compartida, femenina exclusiva)

Actividades	Participación varón			Participación mujer		
	Provisión masculina	Provisión compartida	Provisión femenina	Provisión masculina	Provisión compartida	Provisión femenina
Darles de comer	0,26	0,45	1,13	3,61	2,81	2,40
Bañarlos	0,32	0,24	1,33	3,44	3,18	2,67
Vestirlos	0,21	0,31	0,92	3,42	3,20	3,08
Hacerlos dormir	1,13	0,80	2,21	2,85	3,11	1,50
Cepillarles los dientes	0,78	0,68	1,70	3,09	3,05	1,90
Llevarlos a escuela	0,54	0,68	1,93	3,21	2,48	1,64
Ayudarlos con deberes	0,84	0,66	0,53	2,29	2,63	2,13
Asistir reuniones escuela	0,50	0,59	1,59	3,50	3,28	2,41
Retarlos	1,46	1,20	1,67	2,46	2,67	2,33
Quedarse en casa si enferman	0,14	0,40	1,89	3,86	3,28	1,89
Llevarlos al médico	0,62	0,50	1,22	3,34	3,44	2,78
Detectar cortarles pelo, uñas	0,82	0,84	1,78	3,10	3,16	2,22
Conocer nombres amigos	0,86	0,73	1,63	3,14	3,27	2,38

Nota: los datos sobre hogares con provisión económica femenina y con provisión compartida fueron tomados de Wainerman (2005); los de los hogares con provisión femenina, de Benza (2006).

Número de casos: hogares con provisión económica masculina: 50; hogares con provisión económica compartida: 50; hogares con provisión económica femenina: 18.

En suma, el aporte diferencial de recursos económicos y/o la disponibilidad de tiempo relativos de unos y otras cónyuges, no alcanza a explicar más que en parte la inequidad en la división por género del trabajo reproductivo. Los valores culturales, que naturalizan los roles de mujeres y varones en la división del trabajo tanto productivo como reproductivo, parecen ejercer un efecto más intenso que las condiciones materiales. Tal es la fuerza de la ideología de género, una que hace que la expansión de la participación de las mujeres en el mundo del trabajo productivo no haya sido acompañada hasta ahora por una equivalente de parte de los varones en las tareas del hogar y la crianza de los hijos. Dicho en los términos de Hochschild (1989), la revolución ocurrida en el mundo público está relativamente estancada en el mundo privado por la persistencia de comportamientos segregados en la organización cotidiana del hogar.

Una nota de optimismo colorea la conclusión enunciada. En relación a la generación anterior, la de los progenitores de los hogares de los sectores medios que estudiamos (que formaron sus familias y criaron a sus hijos en los 70), la situación actual es más equitativa. Casi sin excepción, algunas de las “abuelas” entrevistadas coinciden en que su generación fue testigo (o protagonista) de un cambio social revolucionario del modelo familiar en el que ellas mismas se criaron de pequeñas (en los 40 y 50) en relación al que forman sus hijas e hijos hoy. En sus tiempos, lo normal y correcto era que la mujer fuera responsable de todas las tareas domésticas y de servir a su marido. El varón, por su parte, era consciente de sus responsabilidades como proveedor y como autoridad del hogar. La colaboración masculina en la domesticidad hubiera sido vista como un hecho ridículo. Más allá de los discursos, nuestra propia evaluación de las prácticas en los hogares de la generación anterior (recogidas a partir de los relatos que nos hicieron las abuelas de hoy de lo que sucedía en sus hogares de

origen, cuando eran niñas) es que la inequidad de hoy es efectivamente *algo* menor que la que sufrían entonces, treinta años atrás. La nota de optimismo se acentúa ante la constatación de que la participación de los varones en la conyugalidad y la paternidad se ha extendido más entre los sectores bajos (generalmente más tradicionales y abroquelados en visiones de género más segregadas).

BIBLIOGRAFÍA

- ALDOUS, J.; G. MULLIGAN y T. BJARNASON (1998) "Fathering over Time: What Makes the Difference?". En: *Journal of Marriage and the Family*, volumen 60, N° 4.
- BARRÈRE-MAURISSON, M. A. (1999) *La división familiar del trabajo. La vida doble*. Editorial Lumen-Humanitas. Buenos Aires.
- BENZA, G. (2006) *La vida familiar en un contexto de deterioro social. Cuando las mujeres reemplazan a los varones desocupados en el sostén económico del hogar*. Tesis de Maestría, IDAES/Universidad Gral. San Martín, no publicada.
- BERGER, S. (1995) *Mujeres en sus puestos*. FLACSO. Buenos Aires.
- BLOOD, R. y D. WOLFE (1960) *Husbands & Wives. The Dynamics of Married Living*. Free Press. Nueva York.
- BLUMBERG, R. (1991) "Introduction. The 'Triple Overlap' of Gender Stratification, Economy and the Family". En: BLUMBERG, R. L. (ed.) *Gender, Family and Economy. The Triple Overlap*. Sage Publications. California.
- BRAYFIELD, A. (1995) "Juggling Jobs and Kids: The Impact of Employment Schedules on Fathers' caring for Children". En: *Journal of Marriage and the Family*, volumen 57, N° 2.
- CASPER, L. y M. O'CONNELL (1998) "Work, Income, the Economy, and Married Fathers as Child-care Providers". En: *Demography*, volumen 35, N° 2.
- CERRUTTI, M. (2000) "Economic Reform, Structural Adjustment and Female Labor Force Participation in Buenos Aires, Argentina". En: *World Development*, volumen 28, N° 5.
- COLTRANE, S. (2000) "Research on Household Labor: Modeling and Measuring the Social Embeddedness of Routine Family Work". En: *Journal of Marriage and the Family*, volumen 62, N°3.
- DUNN, D. (1997) *Workplace/women's place*. Rosbury Publishing Co. California.
- DURÁN, M. (1988) *De puertas adentro*. Instituto de la Mujer. Madrid.
- DURHAM, E. (1991) "Family and Human Reproduction". En: JELIN, E. (ed.) *Family, Household and Gender Relations in Latin America*. Kegan Paul-UNESCO. Londres.
- GLASS, J. (1998) "Gender, Liberation, Economic Squeeze, or Fear of Strangers: Why Father Provide Infant Care in Dual-Earner Families". En: *Journal of Marriage and the Family*, volumen 58, N° 3.
- GREENSTEIN, T. (2000) "Economic Dependence, Gender, and the Division of Labor in the Home: A Replication and Extension". En: *Journal of Marriage and the Family*, volumen 62, N° 2.
- HASS, L. (1993) "Nurturing Fathers and Working Mothers. Changing Gender Roles in Sweden". En: HOOD, J. (ed.) *Men, Work, and Family*. Sage Publications. Newbury Park.
- HOCHSCHILD, A. (1989) *The second shift*. Avon Books. Nueva York.
- HOOD, J. (1986) "The Provider Role: Its Meaning and Measurement". En: *Journal of Marriage and the Family*, volumen 48, N° agregar (NO EXISTE).
- INDEC (2000) *Situación de las mujeres en la Argentina*. Serie Análisis Social N° 1. INDEC. Buenos Aires.
- LINDEMBOIN, J. (2001) "El deterioro del mercado de trabajo y las 'nuevas' relaciones laborales". En: *Enoikos*, año 9, N° 18.

- MARSHALL, A. (1998) "State Intervention, the Labour Market and Inequality in Argentina". En: BERRY, A., *Poverty, economic reform and income distribution in Latin America*, Boulder, Co. Lynne Rienner.
- MEIL, G. (1999) *La postmodernización de la familia española*. Acento Editorial. Madrid.
- MORRIS, L. (1990) *The Workings of the Household*. Polity Press. Cambridge.
- MINISTERIO DE TRABAJO Y SEGURIDAD SOCIAL (2003) *Plan Jefas y Jefes de Hogar Desocupados. Un año de gestión*. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. Buenos Aires.
- MINISTERIO DE SALUD Y ACCIÓN SOCIAL (1999) *Estadísticas Vitales*. Ministerio de Salud Acción Social. Buenos Aires.
- MONZA, A. (1993) "La situación ocupacional argentina. Diagnósticos y perspectivas". En: MINUJIN, A. (ed.) *Desigualdad y exclusión. Desafíos para la política social en la Argentina de fin de siglo*. Losada. Buenos Aires.
- PALERMO, A. (2000) "La educación universitaria de la mujer. Entre las reivindicaciones y las realizaciones". En: *Revista Alternativas*, año III, N° 3. Universidad de San Luis.
- PITTMAN, J. y D. BLANCHARD (1996) "The effects of Work History and Timing of Marriage on The Division of Household Labor: A Life-Course Perspective". En: *Journal of Marriage and the Family*, volumen 58, N° 1.
- RAMOS TORRES, R. (1990) *Cronos dividido. Uso del tiempo y desigualdad entre mujeres y hombres en España*. Instituto de la Mujer. Madrid.
- RECCHINI DE LATTES, Z. (1980) "La participación económica femenina en la Argentina desde la segunda posguerra hasta 1970". En: *Cuaderno del CENEP*, N° 11. CENEP. Buenos Aires.
- SALLES, V. y R. TUIRÁN (1997) "Cambios demográficos y socioculturales: familias contemporáneas en México". En: SCHMUKLER, B. (comp.) *Familia y relaciones de género en transformación*. The Population Council-Edamex. México.
- SUÁREZ, A. (1998) "Exclusión e ingresos en el GBA". En: *Estudios del Trabajo*, N° 15.
- SZINOVACZ, M. (1984) "Changing Family Roles and Interactions". En: *Marriage and Family Review*, volumen 7.
- TORRADO, S. (2003) *Historia de la familia en la Argentina moderna (1870-2000)*. Ediciones de la Flor. Buenos Aires.
- WAINERMAN, C. (1995) "De Nairobi a Pekín: las mujeres y el trabajo en la Argentina". En: *Sociedad*, volumen 6.
- (2005) *La vida cotidiana en las nuevas familias. ¿Una revolución estancada?* Lumiere. Buenos Aires.
- WAINERMAN, C. y R. GELDSTEIN (1994) "Viviendo en familia: ayer y hoy". En: WAINERMAN, C. (comp.) *Vivir en familia*. UNICEF-Losada. Buenos Aires.
- WAINERMAN, C. y G. BENZA (2002) "La familia actual en la visión de la prensa escrita: *Luna y Clarín*". En: WAINERMAN, C. (coord.) *Familia y trabajo. Prácticas y representaciones. Cuaderno del CENEP*, N° 53. CENEP. Buenos Aires.
- WARSHOVSKY LAPIDUS, G. (1988) "The Interaction of Women's Roles in the URSS". En: *Women and Work*, volumen 3.
- ZHANG, Ch. y J. FARLEY (1995) "Gender and the Distribution of Household Work: A Comparison of Self-Reports by Female College Faculty in the United States and China". En: *Journal of Comparative Studies*, volumen XXVI, No. 2.